

El valor revolucionario de la bondad

José Luis Vázquez Borau

Miembro del Instituto E. Mounier. Barcelona

Ya mucho antes de la llegada del *postmodernismo* y como si de una premonición de futuro se tratase, el hombre bueno que fue Alfonso Carlos Comín, nos daba este testimonio:

«Yo creo que la mayor aportación que se puede hacer es la de los valores trascendentes. La mayoría de los problemas de hoy parten del hecho de que la escala de valores está puesta al revés. Y esto en todos los ambientes. Porque incluso en los movimientos de liberación se valora mucho el progreso del pueblo, la justicia, todos estos valores. Pero si penetras un poco en el interior de estos movimientos y de algunos dirigentes, ves la corrupción y los intereses inconfesables que hay en estas personas y debajo de muchos de estos movimientos, partidos, sindicatos, etc.

Entonces, la mejor aportación que podríamos hacer nosotros en nombre de Jesús, aunque sea yendo contra corriente, es presentar la escala de valores de Jesús con la dimensión trascendente que tienen, completando así la visión del ser humano que se tiene en los movimientos citados. Una escala de valores que humaniza y que por tanto transforma, en la medida en que cada uno se va haciendo persona, nuestra sociedad con unas estructuras más justas.

Y esto siguiendo el criterio de que las personas no se dividen en ateos y creyentes. En realidad se dividen entre las que creen en el ser humano, en la posibilidad de transformar la sociedad y construir una nueva sociedad, y en las que no creen en el ser humano. Quien no cree en la persona, no puede creer en Dios.»¹

La única bienaventuranza de Jesús, del Sermón de la Montaña, que es común a Mateo y a Lucas es esta: *«Dichosos los que son perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el reino de los cielos. Felices vosotros cuando, por causa mía, os maldigan, os persigan y levanten toda clase de calumnias. Alegraos y mostraos contentos, pues vuestra recompensa es grande en el cielo. De esta misma manera trataron a los profetas que hubo antes de vosotros»*.² Ser perseguido por causa del bien no significa necesariamente tener que andar escondido, escapar del país, ser perseguido por los poderes públicos... La persecución es la contradicción que nos viene a causa de la justicia, a causa del reino, a causa de Jesús. La persecución no es siempre algo físico, y habitualmente no es física. El martirio es algo extraordinario: Es la persecución llevada al extremo. Normalmente la persecución es más sutil, más psicológica. Son las contradicciones que nos vienen por actuar de una manera recta, y nos llegan, a veces, de personas y sectores que uno no esperaría...

Sören Kierkegaard describía de esta manera al testigo de la bondad:

«Un testigo de la bondad es una persona cuya vida transcurre desde el comienzo hasta el fin ajena a todo lo que se denomina goce... Un testigo de la bondad es una persona que da testimonio de esa bondad desde un estado de pobreza, viviendo en la

mediocridad y en la humillación; una persona a quien nadie aprecia en lo que vale, a quien se aborrece, a quien se desprecia, se insulta y se escarnece...; y finalmente es crucificado, decapitado, quemado en la hoguera o asado en la parrilla, y su cadáver es abandonado por el verdugo sin darle sepultura -¡así se entierra a un testigo de la bondad!- o sus cenizas arrojadas a los cuatro vientos...».

Resulta que la presencia de una persona buena no deja indiferente, lo que pasa es que lo que para una persona es virtud, para otras es debilidad. Donde uno ve generosidad sin límites, otros condenan el exceso vituperando su inmoderación. La sensibilidad a flor de piel es tildada de enfermedad; la falta de ambición, de flaqueza; la sinceridad sin reservas, de necedad, cuando no de infantilismo. Así, personas que han sido consideradas modelos de perfección para edificación de un mundo imperfecto, pasan por excéntricos, inmaduros, casos climáticos. Se admite la bondad extrema si es en un momento dado, pero no si es permanente.

Me ha llamado poderosamente la atención la descripción que hace Jaime Vador sobre la *persona buena* y que nosotros transcribimos aquí por su alto grado de percepción:

«Entendemos por persona buena quien es capaz de convertir su generosidad en norma y pasión, bondadoso en grado sumo, sincero y veraz en todas las ocasiones, que se entre-

ga y nada busca para sí. Demasiado noble para este mundo, paga por ello: es incomprendido, combatido, a veces escarnecido. Un tipo que, aunque poco frecuente, sí existe, pero o pasa desapercibido, o es tenido por insensato, utópico, inepto para nada, equivalente a la frase popular que dice 'de tan bueno es tonto'. Quien lo da todo es un excéntrico y, como mínimo, un problema para su familia. Sin embargo, pese a sus 'extralimitaciones', esta persona que comparte el sufrimiento del prójimo, aportando ayuda y consuelo, ha de constituir para nosotros un ideal hacia el cual tender».³

Lanza del Vasto nos habla de la coherencia que debe de existir entre los fines buenos y los medios que utilizamos. No se pueden buscar fines buenos con medios malos, ni por supuesto fines malos con medios aparentemente buenos. Dice así:

«La *no violencia* es lo contrario de la justificación de los malos medios para el buen fin; es el ajuste de los medios al fin; ya que si el fin es justo los medios también deben serlo. *Gandhi* enseña que medios y fines están unidos como la simiente al árbol. Y que la malicia que los medios introducen en la empresa, se encontrarán necesariamente en el fin.

Lo que explica la decepción que sigue a todas las victorias y liberaciones obtenidas mediante la violencia, aún cuando la causa fuera buena y los combatientes heroicos y sinceros. No, las buenas causas no justifican los malos medios; al contrario: los malos medios arruinan las mejores causas. Hay que distinguir eficacia instrumental de eficacia final.

La ciencia se presta a cualquier aplicación; la conciencia no. La inteligencia se presta a cualquier aplicación; la sabiduría no. El poder puede cualquier cosa; el dominio de sí, no. El dinero se presta para todo uso, pero la honestidad, no. El coraje se entrega a cualquier causa, pero la caridad, no. La fuerza puede servir para cualquier fin; pero la no violencia o la fuerza de la justicia sólo puede servir a la justicia»⁴

Para poder avanzar por el camino de la no violencia, por el cami-

no de la confianza y de la comprensión, hay que dejar que brote en nosotros la fuente de la *paz interior*. Como dice **Roger Schutz**, prior de la comunidad de Taize (Francia), «la paz del corazón permite mantenerse en pie, arriesgarse por los demás, reemprender el camino cuando el fracaso, las pruebas, los desánimos pesan demasiado a nuestras espaldas humanas. Esta paz de la profundidades sostiene también una mirada poética sobre la creación y las criaturas. La paz del corazón es fuente de una alegría interior que a menudo se había como adormecido. Y he aquí que se despierta con un magnífico asombro, un soplo poético, una sencillez de vida y, para quienes pueden comprenderlo, una visión mística del ser humano».

Retomando de nuevo las palabras de Comín me fijo especialmente en estas: «*Cuando una persona buena nos habla de mansedumbre y del amor como único medio de hacer el bien, podemos no hacerle caso y creer que la organización y la militancia seguirán siendo el buen camino. Sin embargo, Carlos de Foucauld, leyendo el Evangelio, había comprendido que la fe y el amor verdadero utilizarán siempre los medios del carpintero de Nazaret. ¿No recordamos inmediatamente la figura de un hombre que, en medio de los más difíciles acontecimientos, comprendió que sólo la mansedumbre y la caridad podían ser hoy, como siempre, el testimonio universal del cristiano? ¿No recordamos inmediatamente la figura y la voz inextinguible de Juan XXIII...?*»⁵

Recopilando, pues, la persona buena, según el decir de Jaime Vador, es «*el pobre de espíritu del evangelio de Jesús: Tolerante con todas las debilidades y afirma que quien carece de ternura y sólo posee justicia en última instancia es injusto. No juzga, no condena, pues sentar juicio es cerrar la puerta a toda*

apelación; es admitir que el mal existe y es definitivo. La piedad es el rasgo esencial de la persona buena y por ésta el mal queda destruido.

Los rasgos esenciales de la persona buena son dos: la no ambición y la no violencia. No ambición en cuanto a desinterés por los logros materiales o los halagos de la fama. Carencia de amor propio y vanidad. Ningún afán de notoriedad: no hace nada por sobresalir. La misma indiferencia ante las ventajas de una posición social. Y la no violencia: repudio absoluto de toda imposición por la fuerza, de todo fanatismo, cumplimiento absoluto del 'no matarás'. Fuerza auténtica aunque a veces debilidad aparente.

Pero hay otros rasgos que tampoco deben faltar: Calor humano. Carencia de prejuicios, independencia de pensamiento, amor a la verdad. Conciencia de responsabilidad, tendencia a la preocupación, al máximo esfuerzo. Afán de saber, valor de pensar las cosas hasta el fin. Convicción de la necesidad de la solidaridad humana.

*Donde quiera que encontremos una persona de estas características, podremos decir con Iván Karamazov: «Me basta con que estés en algún sitio para no perderle el gusto a la vida.»*⁶ Menos mal que también existen hoy personas buenas y no son sólo personajes del pasado. Están ahí, de pie. Cada uno en su sitio, tan enraizadas en lo concreto como universales. Personas sencillas, apasionadas, libres, comprometidas, movidas por el espíritu de Jesús de Nazaret.

Notas

1. A. C. COMÍN, *Cristianismo y socialismo en libertad*, Laia, Barcelona 1979, 161-163.
2. Mt 5,1-16; Lc 6, 20-23.
3. J. VADOR, «Valores humanos: la cualidad esencial», *El Ciervo*, Barcelona 1997, nº 550.
4. LANZA DEL VASTO, *Umbral de vida interior*, Sígueme, Salamanca 1989, 161.
5. A. C. COMÍN, «El testimonio universal del cristiano», *Aún* nº 54, 1964.
6. J. VADOR, a.c. *El Ciervo*, Barcelona 1997, nº 550.